CON SANGRE EN EL OJO

LO OCULTO EN LA PROFUNDIDAD

RODRIGO MUÑOZ CAZAUX

PANSPERMIA
EDITORIAL

© Rodrigo Muñoz Cazaux, 2015
e-mail: rodrigo@cinencuadre.cl

© Editorial Panspermia Limitada
/editorial.panspermia
@Edit_Panspermia
www.panspermia.cll

Edición: Jean Véliz D´Angelo
Diagramación: Andrés Cuevas Navalón
Diseño de Portada: Miguel Aravena Tarsetti
Diseño de Isotipo: Miguel Poblete Márquez
Fotografía de Portada: Patricio Chávez Cortés

Primera edición: Octubre 2015

Registro de Propiedad Intelectual N° 257710

Esta versión digital es promocional del libro en su versión impresa, puede ser compartida y reproducida por cualquier medio digital disponible u otro medio que surja en el futuro. Puede adquirir el libro en librerías o contactar a la editorial al e-mail:
ventas@panspermia.cl
Cualquier requerimiento comercial debe ser directo con la editorial al e-mail:
administracion@panspermia.cl

LA FLOR AZUL

La flor estaba en el altar de María, su madre le había dicho que ese mes las flores eran todas para la Madrecita. Recogieron unas muy bellas desde el jardín interior de su casa y partieron a la Iglesia de la Compañía con un ramo de unas blancas de dulce aroma. La misa ya estaba por comenzar, pero ellas llevaban varios minutos dentro de la iglesia, estaban casi junto al altar. Había que llegar temprano porque todos debían estar ahí. Su madre estaba conversando con varias señoras y la pequeña niña permanecía junto a ella en silencio, con un delantal de crea blanco sobre su vestido verde agua; vestido destinado para los domingos. La niña estaba tranquila aferrada de su mano mirándola hacia arriba. En la iglesia habían puesto las flores cerca del altar; las flores eran para María, pero ella también quería una flor. A los pies de la imagen finamente tallada en madera y pintada con esmero había una azul. Era de papel encerado, brillaba y la luz de las velas cerca de éstas la destacaban. Era la flor para la virgencita,

era la flor especial, pero ella quería tenerla. No se llamaba María y las flores no eran para ella, además, hacía calor y estaba lleno de gente, principalmente mujeres y niños. La misa de la Madrecita, como escuchaba decir a las demás señoras, era especial. Pero ella también era especial.

El calor se comenzaba a sentir dentro del templo de gruesas murallas construido por la Compañía de Jesús en pleno centro de Santiago de Chile a una manzana de la Plaza de Armas. El edificio estaba repleto y aun cuando la primavera había sido algo fría, la alta afluencia de público provocaba que las damas se abanicasen para espantar el calor en espera de que comenzase el servicio. Alguien ordenó cerrar las puertas laterales de la iglesia, ya no cabía nadie más. La pequeña niña comenzó a mirar la flor azul en el altar de la virgencita. Un metro más arriba, la boca de su madre comentaba lo callada que era la niña, lo solitaria que era; hablaba de vez en cuando y con una dulce voz, pero prefería estar silenciosa. «Es un angelito», alababan las vecinas de

buena familia que la rodeaban. Prácticamente todas las familias de Santiago estaban representadas en la iglesia por una de sus mujeres: tías, madres, hermanas, primas, hijas y nietas. También había muchos niños, algunos lloraban, otros reían; otros dormían en el regazo de sus madres; otros estaban aburridos ante la espera. Había familias enteras esperando que comenzara el servicio. Había ancianos y algunos enfermos, tullidos y mendigos a la espera de la suave letanía en latín. La mayoría de los hombres poderosos de la ciudad no estaban. Era la hora de la tertulia, de conversar con un licor en la mano y un tabaco algo caro en la otra; era la hora donde de verdad se hacían los negocios y había que aprovechar que las mujeres no estaban en la casa para así hablar de lo que se hacía en la chingana. Era también la hora de los hombres. Una nación manejada por hombres en donde el lugar de la mujer estaba junto al altar rezando por el bienestar de la familia y, por qué no, por el perdón de los pecados de su marido.

La niña sentía que debía tomar esa flor,

pero se encontraba lejos y las velas que alumbraban el altar creaban una barrera como para tratar de meter su manito entre ellas; aunque eso no era problema. Días atrás había sacado una canica de loza de su hermano mayor desde entre los adoquines del jardín sin la necesidad de usar sus manos. Había deseado tomar la bolita y esta giró suavemente fuera de la grieta hasta ponerse al alcance de sus deditos. Se la entregó a su hermano con una sonrisa. Ahora haría lo mismo; iba a desear la flor y esta se acercaría hasta su manita y quizás se la entregaría a su madre, después de haberla inspeccionado correctamente. Fue acercándose hacia el altar, llegó a ponerse justo frente a los pies tallados con sandalias que asomaban bajo la tela de algodón inmaculado que vestía la figura de la virgen, tironeó un poco de la mano de su madre que estaba comparando la receta de los buñuelos con una de las vecinas. Ahora estaba justo debajo de la flor azul, un tironcito y esta caería hasta ella.

Las puertas no estaban trancadas, los jesuitas las habían entrecerrado para evitar que el

bullicio de la gente del exterior interrumpiese el sermón del sacerdote. El hermano Francisco se había encargado de eso, incluso se quedó afuera para hablar con la gente que no pudo entrar y evitar algún altercado que empañase la celebración. Había que rezar; la Madrecita es la que más escucha, si le pides con verdadera fe intercederá por ti; la Madrecita te protegerá porque ella es madre de todos y no dejará que nada malo le pase a sus hijos; pero un acto de Dios, incontrolado y fortuito, eso no lo puede prever ni arreglar. Esas cosas pasan, no importa quién interceda por nosotros.

Comenzó la misa y todos los feligreses oraban fervientemente, pasaron los minutos y la ensoñación de la pequeña niña por la flor de papel aumentaba. Empezó a verla dentro de su cabecita, luego a palparla con manos etéreas e invisibles; la flor junto a la imagen colosal de la virgen se elevó verticalmente unos centímetros, todo iba muy bien para la niña, pero no contaba con el obstáculo que supondría el tallo de alambre amarrado a un diminuto clavo puesto para fijar la medialuna

decorativa con la que se alumbraba la imagen de la virgen; la flor vaciló en su movimiento ascendente y esto desconcentró a la niña o quizás haya sido la risa de su madre, ahora no podríamos saberlo, tan sólo suponerlo, de la misma forma que estas palabras estuviesen describiendo una fantasía, una ensoñación, el delirio de una mente demasiado imaginativa o quizás sea sólo una posibilidad de los sucesos acaecidos esa tarde.

Lo concreto es que era diciembre en Santiago, la pequeña ciudad de cien mil habitantes de una joven nación que ni siquiera tenía muy claras sus propias fronteras. Ninguna de las más de dos mil personas en la iglesia vio como una flor azul de papel encerado bamboleaba cerca del altar mayor y caía sobre una de las velas. La primera llama fue azul y la niña la vio primero con asombro y luego pensó que su madre la reprendería, luego el fulgor prendió la tela que simulaba las vestiduras de la virgencita. Una sordina comenzó a recorrer al público dentro de la iglesia al percatarse que habían llamas en el interior. El viejo temor primigenio al fuego recorrió a todos y a

cada uno de aquellos que vieron las primeras flamas. Varios se pusieron de pie instintivamente, otras personas sintieron que estaban ante un prodigio, un milagro de la virgen, fuego azulado subiendo por sus vestiduras, un ramillete de flores azules.

Un hombre se acercó hacia la virgen y se quitó su manta para intentar apagar las llamas que ya abarcan un par de palmos de altura, y que se habían vuelto anaranjadas a medida que la tela del manto de la virgen se ennegrecía. Su acometido no sólo fracasó, sino que generó más destrucción al golpear las demás lámparas de parafina del altar, impregnándose del combustible y convirtiendo la manta del socorrista en un látigo que esparció las llamas a un mayor radio del que el amago de incendio abarcaba, haciendo que el fuego alcanzara unas guirnaldas, los adornos de otros altares y las ropas de algunas personas que comenzaron a gritar despavoridamente al ver sus cuerpos envueltos en llamas.

En pocos segundos todo el altar de la virgen ardía con lenguas azulosas de fuego y la gran

mayoría de la gente se abalanzaba hacia las puertas de salida; aunque unos pocos despistados intentaban aprovechar la confusión para encontrar mejores ubicaciones para la misa que no proseguiría. La niña apretó la mano de su madre, quien la tomó en brazos y elevó la mirada buscando una posible salida. Los ojos de los feligreses no vieron como los sacerdotes se escabullían en silencio tras la sacristía; era un asunto de costumbre, la gente normal entraba por el frente y al intentar huir lo hacía por donde mismo había ingresado. Los sacerdotes entraron por la sacristía tras el altar y ante el temor del fuego, salieron por donde mismo. La puerta de la sacristía jamás se cerró, pero nadie aparte de los sacerdotes intentó salir por ahí. Las llamas alcanzaban a las guirnaldas de papel que decoraban el techo de la iglesia. Mirar hacia arriba era contemplar una hoguera; del techo caían adornos en llamas que lentamente se posaban sobre las vestiduras de las mujeres quienes se convulsionaban con terror tratando de apagar sus ropas y sus peinados, lo que provocó que las llamas saltaran a otros vestidos y esos se in-

cendiaran. El olor a cabello quemado era casi tan insoportable como los gritos de la gente. El fuego comenzó a penetrar por el techo y las llamas se hicieron visibles a varias manzanas de distancia.

En las puertas laterales del templo, que sólo se abrían hacia el interior de la iglesia, la gente se apiñó presa del pánico, impidiendo toda posibilidad de escape porque no dejaban espacio alguno para poder abrir las puertas. Desde afuera algunas personas empujaron las pesadas puertas de madera al escuchar los gritos de socorro, pero adentro eran más. En la puerta principal se apiló una muralla de cuerpos magullados y golpeados; algunos emitían quejas sordas; otros gritaban a todo pulmón, pero ninguno podía zafarse. Habían pasado pocos minutos y varios ya habían muerto asfixiados.

La madera del techo crujía y a su vez crujían los huesos de la gente apilada ante las puertas; madres aplastaban a sus hijos, nietas empujaban a sus abuelas y más atrás una niña que quería tomar una flor, aterrada vio como las grandes lámparas del techo cayeron sobre la multitud en

una bola de fuego. Decenas quedaron aplastados, los que se salvaron del golpe quedaron cubiertos por las llamas. Una mujer con su vestido encendido comenzó a girar y a ulular como un saltimbanqui salido directamente desde el averno. En su danza macabra prendió fuego a los vestidos de las mujeres que se encontraban cerca. Trompos encendidos bailaban en la nave central de la iglesia cantando el himno de la destrucción, uno a uno iban cayendo con la boca abierta y los ojos llenos de humo.

Los gritos que se escuchaban, ahora provenían principalmente desde fuera de la iglesia, la gente trataba infructuosamente de socorrer a las víctimas, por suerte una de las puertas se había desencajado y daba espacio para que algunos pudieran salir tras trepar por la pila de cuerpos dolientes. Adentro ya casi nadie gritaba, o se habían quemado o estaban asfixiados; los pocos que quedaban vivos se encontraban inmovilizados en algún rincón con la vaga esperanza de que alguien lograra abrir las puertas y rescatarlos antes que el humo les robara el aliento o las llamas con-

sumieran sus cuerpos.

La niña ya no quería la flor. La niña quería salir. Cerró sus ojos esperando que todo hubiese sido un mal sueño, pero el ardor de estos y la sequedad en su garganta le indicaban que todo era real. En su pequeña cabecita sabía que era su culpa y eso le carcomía el alma inocente y era aún más doloroso que las llamas de fuego que pondrían fin a su corta existencia junto a más de dos mil personas en el incendio más grande de toda la Historia de Chile. Su madre la abrazó y sollozó con desesperación mientras intentaba elevar una plegaria, pero se dio cuenta que Dios no estaba dentro de esa iglesia. La niña hundió la cabeza en el cabello de su madre, el calor era sofocante y el humo ya casi no dejaba lugar al aire respirable. A pesar de las llamas, comenzaba a ver como la luz disminuía y todo comenzaba a oscurecerse, pronto iba a perder el conocimiento. Con el último destello de entendimiento que le quedaba pensó en una casa de piedra iluminada por el dorado resplandor de unas antorchas. Una palabra nueva alcanzó a formarse en su mente,

pero antes de ser mencionada el techo hecho brasas ardientes cayó sobre ella y su madre matándolas instantáneamente.

Tras una hora, ya nadie gemía, nadie gritaba ni clamaba por ayuda. Las llamas comenzaron a disminuir mientras los vecinos luchaban por apagar todo rastro del infierno que se había desatado, pero en varias semanas no podrían quitar el olor a carne chamuscada que había quedado flotando en el aire. Durante los días siguientes llevarían, en una triste procesión, a todos los cuerpos calcinados en carretas hasta la fosa común excavada en el Cementerio General. En una de esas carretas la niña que quería una flor iría con su madre, fundidas en un abrazo de eterna pesadilla. Todo Santiago lloraría, no existía casa ni familia que no hubiese perdido a alguien entre las llamas. El suelo donde estaba la iglesia quedaría yermo; los restos del templo serían derrumbados y nada más sería construido allí. La Virgen Doliente marca el lugar de la tragedia hoy en día, en los jardines del antiguo Congreso Nacional. De los nombres de los fallecidos nadie se acuer-

da; del puñado de personas que huyeron hacia el sur persiguiendo un nombre que nunca antes habían escuchado, como el hermano Francisco, tampoco.

PRIMERA PARTE

CASTILLOS DE ARENA

Los reyes de la tierra, los ministros, los generales, los ricos, los poderosos y toda la gente, tanto esclavos como hombres libres, se escondieron en las cavernas y entre las rocas de los cerros y decían: «Caigan sobre nosotros, cerros y rocas, y ocúltennos del que se sienta en el trono y de la cólera del Cordero, porque ha llegado el gran día de su enojo, y ¿quién lo podrá aguantar?»

Apocalipsis 4,15-17

JOAQUÍN

Los perros alertaron a Joaquín, no porque ladrasen sino porque se quedaron callados de pronto. Acostumbrado al barullo incesante de sus mascotas, el silencio brutal le alertó justo a tiempo para percibir el inicio del terremoto.

La casa se movía con fuerza y el sonido nítido de los adornos al caer al suelo, le indicaban que no era un temblor ordinario. «Este es grande», pensó; aunque la palabra adecuada era «especial». Al cabo de un rato, un estruendo lo asustó, supo que era un terremoto, de eso no había duda alguna y tuvo muy claro que aquel ruido sólo podía venir del derrumbe de los muros de la prisión que estaba cruzando la calle. Joaquín revisó a tientas en su velador que se agitaba para buscar el revólver que había heredado de su padre y que no sabía si iba a disparar algún día, quizás la cosa se pusiera algo complicada. A la luz de la luna que se filtraba por la ventana pudo ver el brillo de los casquillos ordenados en una ronda de seis, bien colocados en el barril. Esperó a que el

temblor acabase (más de tres minutos de sacudidas y ruidos en plena oscuridad) y aguzó su oído.

Pasos.

Hombres corriendo por la calle, hombres asustados. Había percibido esa sensación aquella vez cuando tenía diez años y su tío lo había llevado a un cuarto detrás de su casa para acariciarlo. Era pánico, los hombres que corrían por la calle tenían pánico y Joaquín podía sentirlo, olerlo. Tal como los perros se dice que huelen el miedo. De pequeño siempre había tenido esa habilidad, pero no fue hasta adulto que comprendió que lo que él suponía era una perspicacia especial, algo así como una intuición, no la tenía nadie más. Gracias a su don pudo adivinar que los doctores mentían cuando le dijeron que su padre no estaba muy enfermo y que iba a volver en un par de días desde el hospital. De la misma forma, cuando trabajaba de profesor de Historia (siempre la escribía con mayúscula para demostrar la importancia de su asignatura) sólo le bastaba pasearse entre los pupitres de sus alumnos para saber quién tenía un torpedo o estaba mirando las respuestas de su

compañero. Su baja estatura y esta habilidad lo hicieron acreedor del apodo de «Duende» durante su vida como profesor. Pero no siempre era una habilidad útil, cada vez que se acercaba a una mujer sentía la repulsión que despertaba en ellas, por su baja estatura y orejas grandes (bueno, eso también pudo haber ayudado en el origen de su apodo). Aquello dolía y era preferible evitarlo, por eso siempre se mantuvo solo. Él y sus perros en aquella pequeña casa junto a la prisión de Chillán llevaban varios años, y aunque la jubilación podría ser tediosa, él se las arreglaba para no dejar que las horas pequeñas del día, aquellas horas llenas de nimiedades, le aplastasen la existencia; para eso habían bibliotecas y millones de libros por ser leídos. Fue ya siendo maduro cuando comprendió que nunca le interesó tener esposa, no por el rechazo que provocaba en ellas sino por la cálida sensación que le inundaba cada vez que recordaba el salón lleno de jóvenes estudiantes que lo miraban con admiración durante sus clases. Joaquín era buen maestro, él lo sabía bien, dedicado y respetuoso con sus alumnos y jamás

se le habría pasado por la cabeza siquiera la idea de intentar acercarse con deseo a alguno de ellos. Pero ya retirado de la docencia y cada cierto tiempo, lo que no había podido conseguir por el camino normal durante su vida previa, un par de billetes se lo entregaba por un par de horas; un par de dulces y sudorosas horas.

El ruido de la tierra dio paso al aullar de la ciudad, se escuchaban voces, se escuchaban pasos y los perros comenzaban a ladrar en todos lados, menos en el patio de su casa. Se puso la bata que siempre dejaba a mano en caso de… hizo memoria un poco y no lograba recordar la última vez que había tenido que ponérsela en medio de la noche. Nunca se había dado el caso.

Un cristal se rompió a pesar que el temblor había terminado hacía un par de minutos. Con el revólver en mano se puso de pie y se dirigió hacia el living de su casa, aún le quedaba algo de eso que decía su padre que todo hombre debía tener: las ganas de defender su casa ante lo que fuera. Escuchó la puerta abrirse junto con los tímidos pasos y la respiración jadeante del intruso,

pudo percibir una oleada penetrante de pánico; el aire se llenaba de *Eau du Terror* (y qué bien que lo conocía Joaquín) junto con una corriente de polvo de seguro del derrumbe de la muralla de la cárcel que comenzaba a molestar en su garganta.

Pensó un momento. De seguro era uno de los presos fugados durante el terremoto. Él habría hecho lo mismo al caerse la muralla. Habría corrido, era una reacción netamente humana, lo mejor sería convencer al joven de calmarse un poco. Sí, definitivamente era un hombre joven, podía sentir su juventud mezclada con el pánico, ese aroma le provocaba la misma sensación que cuando olía un queque recién horneado. Quizás le diera algo de comer y luego lo invitaría a entregarse a los gendarmes. Los pasos se dirigían a la cocina, la casa estaba oscura por el corte de la electricidad que quizás cuándo volvería. El terremoto había sido en verdad grande, podía decirlo porque la casa seguía crujiendo al tratar de reacomodarse y además, el ruido de la ciudad se llenaba ahora de gritos de preocupación. Se escuchaban alarmas de vehículos por todos lados,

incluso creyó escuchar unos disparos en la lejanía.

Percibió el aroma de las frutas que guardaba en su refrigerador; le encantaba comer frutas frías al desayuno y supo que el intruso estaba buscando comida. Sigilosamente se acercó a la cocina y cuando estuvo en la puerta vio la silueta del merodeador. Apuntó con su pistola, luego hizo acopio de fuerzas y sacó su voz de profesor de turno, como él la llamaba, una voz grave y potente como un trueno.

—Estoy armado y la puerta de la cocina está cerrada con llave, será mejor que se calme porque no tengo intención de dispararle, a menos que...

El resultado fue bueno, el intruso dio un salto y quedó apoyado ante la ventana de la puerta exterior de la cocina, con la luz de la luna dibujando su silueta entre la nube de polvo que se levantaba en todo el sector. Joaquín comprobó que sus palabras tuviesen el efecto adecuado, el pánico del joven seguía presente, pero un pequeño toque de tranquilidad comenzaba a aparecer.

—Pensé que la casa estaba vacía, no voy a hacer nada malo.

A Joaquín le sorprendió el acento del joven, no era para nada la voz que pensaba que iba a tener un delincuente *Chillanejo*.

—¿Escapaste de la cárcel?

—La muralla se cayó.

Era lógico, la muralla se cayó, los presos correrían a donde fuera, sobre todo si la cárcel se derrumbaba sobre sus cabezas. No había nada de extraño en eso, cuando un muro cae en una cárcel todos huyen; buscar la libertad es natural, en todo ser humano.

—Junto a la puerta está la cocina, al fondo deben haber fósforos, enciende uno.

El intruso hizo lo que le ordenaron y la luz de la llama rojiza iluminó su rostro sudado y polvoriento. Joaquín notó que el muchacho no debía tener más de veinte años. Poseía una cara angelical –casi parecía una mujer–, ojos claros, pelo rizado cobrizo y unos labios que a Joaquín se le antojaron dignos de ser besados con dulzura. De seguro lo pasaba mal en la cárcel, lo trataban de

niñita y quizás hasta abusaban de él. Joaquín sintió compasión.

(Los perros…).

El intruso pudo ver el revólver en la mano de Joaquín con claridad, así que estaba dispuesto a obedecer en todo.

Junto a la puerta había una pequeña mesa con adornos y una foto de la madre de Joaquín, al lado de ella un par de velas. Joaquín tomó una, preguntándose por un segundo cómo es que el improvisado altar no estaba desordenado por el temblor y se la acercó al intruso.

—Bernardo —dijo el joven.

—Como el ilustre chillanejo —agregó un entusiasmado Joaquín.

El intruso sonrió agachando la cabeza, Joaquín comprendió inmediatamente que Bernardo le estaba coqueteando, quizás él también oliese en Joaquín su afición por los jóvenes. O quizás sólo fuese una confusión por parte del nerviosismo; un acto reflejo mal interpretado por un viejo ansioso.

Ya con una vela encendida en la mano y

el revólver en la otra, Joaquín se sentía en control de la situación, así que intentó conversar con él, le preguntó su edad; sonrió cuando supo que tenía veinticuatro, sobre todo cuando torció levemente el cuello al decir su edad y uno de los rizos pelirrojos llenos de polvo se bamboleó sobre la frente de Bernardo. Quizás la noche terminase bien para él.

—Puedes comer y esperar que amanezca, pero a la mañana deberás entregarte.

Bernardo agachó la mirada y cerró el refrigerador, estaba buscando palabras dentro de él.

—La verdad no sé si pueda entregarme.

—Tienes que hacerlo.

—Lo sé, y también tengo súper claro que me van a buscar y que tarde o temprano me van a encontrar, pero…

Bernardo miró a Joaquín como averiguando si el viejo había entendido más de lo que había querido decir. A pesar de tener el revólver firmemente agarrado, le dio la impresión que en realidad no tenía la situación controlada. Algo faltaba en el ambiente para que él estuviese de verdad

tranquilo.

—Voy a otro lado antes —aseveró Bernardo casi con un hilo de voz que, sin embargo, sonaba resuelta e imperativa.

Joaquín lo comprendió, supo que Bernardo no mentía y supo también en ese instante que el muchacho era sincero, pero a la vez había algo en su interior que era más grande y peligroso que lo que Joaquín podía apreciar y entonces tuvo miedo. Un nuevo olor llenó el ambiente pero esta vez Joaquín no tuvo palabras para describir lo que percibía, era el aroma de una palabra nueva y extraña, era algo grande y pesado, como un saco enorme lleno de animales que se movían en su interior, una palabra pugnó por escribirse en la mente de Joaquín, pero simplemente era algo que jamás había visto o escuchado antes.

—Curialhué —dijo Bernardo—, la palabra que buscas es Curialhué.

Fue entonces cuando Joaquín supo que la persona que estaba parada ante él no era un joven homosexual de veinticuatro años. Se dio cuenta que los perros llevaban varios minutos en silencio

y se sintió solo e indefenso. Intentó levantar la pistola pero su mano no le respondía, la luz de la vela se apagó y todo quedó a oscuras, entonces Joaquín se desmayó.

CLARA

Clara sabía que estaba embarazada, lo supo en el momento exacto en que (¿cómo se llamaba?) abandonó la cama que había compartido con ella por unos minutos. Lo había conocido en el carrete de ese viernes. Se veía extraño, como que no estaba realmente en ese lugar, muy mayor para estar en esa casa llena de universitarios, demasiado serio para fumar marihuana, demasiado entre las sombras como para estar tratando de pasar un buen rato.

Al principio Clara no le tomó mucha atención, la música estaba buena y ella quería bailar. Como siempre, se puso al medio de la habitación y comenzó a moverse, sabía que los hombres la miraban y eso le gustaba, esa era la razón por la que había ido al baño y se había sacado el sostén, quería ser notada. A los pocos segundos los hombres comenzaron a acercarse para intentar bailar con ella, las pocas mujeres empezaron a murmurar y Clara a espantar a sus pretendientes; ese era su juego y algunos en la fiesta ya la conocían, aun

así se acercaban e intentaban ser los elegidos. Todos sabían que a eso de las tres de la mañana, con el suficiente alcohol en el cuerpo, Clara iba a elegir a uno de ellos y se lo iba a devorar, esa era la palabra adecuada. Clara no era una amante pasiva, le gustaba tener el control y entre sus manos los hombres eran… perdón, debían de ser dóciles y obedientes. A cambio de su obediencia serían premiados con una alta dosis de placer, porque al igual que el hecho de que Clara era dominante, también sabían que nadie era mejor en la cama que ella.

«Devorar», esa era, sin duda, la palabra adecuada. De pequeña Clara había comprendido que en la naturaleza hay presas y cazadores, y que estos últimos devoran, eso lo aprendió en 5to básico y se le quedó grabado en la memoria. Si bien Clara actualmente era una buena estudiante de Arte, desde niña siempre había vivido en una casa en que faltaba de todo y esa sensación de estar siempre un paso atrás la enfurecía. Toda su infancia, hasta los trece, había tenido que ir al colegio con los zapatos y la ropa que su prima, dos años

mayor, desechaba. Pero la pubertad llegó y con ella unos pechos preciosos. Era el tipo de busto que llamaba la atención en hombres y mujeres, unos por placer y las otras por envidia. Clara era a los trece años una mujer atractiva y cuando se dio cuenta que podía aprovechar eso para obtener las cosas que le faltaban, lo hizo sin remordimientos. Devorando.

Primero fueron sus compañeros de liceo; les cobraba por dejarse tocar los pechos, quinientos pesos por sobre la ropa, mil por debajo y cinco mil por tocarlos desnudos. En un par de semanas pudo comprarse varias prendas de ropa, siendo sus favoritos unos jeans ajustados que resaltaban su bello trasero y su minúscula cintura. Eso exacerbó la envidia de sus compañeras y comenzaron a hacer circular rumores que ella era prostituta y que se acostaba con los profesores para obtener buenas notas. Nada más alejado de la verdad, Clara era una estudiante brillante en todas las asignaturas, es por eso que a nadie le extrañó el alto puntaje que obtuvo en la prueba de selección, lo que sí causó espanto en su madre fue

la carrera elegida: Arte.

—¡Pero, hija, con eso te vas a morir de hambre!

—Madre, éstas son las que me van a dar de comer —dijo afirmándose sus pechos con las manos.

Su madre la miró espantada, sobre todo porque tenía razón. Ella había trabajado toda su vida de secretaria ganando un sueldo miserable y la única vez que tuvo algo de dinero fue cuando su jefe la sobornó para abortar el fruto de una aventura entre ambos. Ella se cambió de ciudad llevándose el dinero y gracias a eso, Clara nació.

Clara remató su virginidad por Internet cuando tenía quince años. Recibió casi un millón de pesos de un anciano que tuvo muchos problemas para lograr una erección, pero ella lo ayudó con ternura, por esa plata valía la pena tenerle paciencia.

Continúa…

A sólo horas del fatídico terremoto del 27 de febrero de 2010, Sergio, Joaquín, Clara y Aurora, por circunstancias desconocidas, son convocados a un lugar llamado Curialhué. Poseedores de habilidades especiales emprenden –cada uno por separado– el trayecto. Pareciera que una extraña fuerza los ha obligado a dirigirse a ese destino. ¿Quién los ha convocado y para qué? ¿Qué secretos guarda ese lugar? Es una interrogante que ojalá nunca se hubiesen respondido.

El autor de esta novela, Rodrigo Muñoz Cazaux, retrata de manera auténtica y visceral el acontecer de los personajes, creando un manto oscuro y aterrador en cada uno de los capítulos. Los recuerdos, los ritos secretos y la particularidad de sus protagonistas nos transportan a un escenario lúgubre y sádico; un viaje por la truculenta carretera con un declive seguro hacia la condena de cada una de sus almas.

Existen cosas más allá de nuestro entendimiento; tesoros, secretos y maldiciones que han permanecido entre las sombras, lejos de la mirada de la gente común. Lo oculto en la profundidad debería permanecer allí por nuestro propio bien, aguardando quedamente hasta el momento de ser revelado. Pero no están en silencio, al contrario, te invitan. Quizás esa invitación no es con palabras, pero inexplicablemente no puedes dejar de escuchar su insinuación con voces de piedra. Una llamada desde las sombras sólo para quienes puedan escucharlas.

¿Y si fueses tú quien las escucha? ¿Irías?

PANSPERMIA
EDITORIAL